

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 250

Valencia, 9 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

Crueldad y vileza

La guerra, toda guerra, es de por sí barbara, pone en la superficie los pasos de la animalidad y mancha, disminuye y a veces borra totalmente la virtud del humanismo, los efectos educativos de la cultura, la grandeza de la civilización. Pero hasta en los mismos procedimientos bárbaros de la guerra hay matices, distinciones, diferencias. Una cosa es el proceder implacable, severo, bárbaro, si admitimos la barbarie de toda guerra, y otra cosa es la morbosa y criminal pasión del cruel que no mata sin atormentar refinadamente a la víctima, que gusta de los ayes y de las lágrimas y de los rugidos del infeliz atormentado, su juguete, y se complace en causar las mayores calamidades y penas a los hombres que puso la guerra bajo su alma torva, que sometió a su mala entraña, según la expresión vulgar y significativa.

El revolucionario, el lanzado a la guerra para defender la independencia de su país y la libertad de sus ideas, mata en el campo de batalla, condena a muerte en la retaguardia y al ejecutar la dura sentencia se duele del penoso deber y no se goza con los estertores del agonizante. En defensa de ideales (libertad, República, patria, igualdad, emancipación del proletariado, justicia social) prende y mata al enemigo, pero no le atormenta ni prolonga su agonía, ni sacia sus malos instintos en la aplicación de las más severas penas. Quien proceda de otra suerte es, sin saberlo, un inquisidor, un servil, un fascista.

Se ha establecido muy bien la distinción entre la barbarie y la crueldad de quien ha dicho: Espoz y Mina, era un bárbaro cuando quemaba pueblos y fusilaba en masa a los ferrocarrileros y carlistas que vencía; pero no fue nunca un hombre cruel como el conde de España, González Moreno Cabrera, y todavía mejor para la comparación los obispos, y los curas, y los frailes que defendieron la que creían buena causa, bandera de Dios.

En contraste entre hombres severos y monstruos crueles lo ha puesto bien patente el canje de prisioneros verificado por la humanitaria intervención de la Cruz Roja.

En nuestro campo se han hecho prisioneros por necesidades bélicas y para defensa del régimen republicano, pero se ha podido mostrar con orgullo la higiene, el decoro de prisiones como la de Alacúas, y el humanitario, noble trato dado a los presos. En el campo enemigo y en una ciudad emporio de limpieza material y moral, en la antigua y modernísima Cádiz se ha procedido cruel, despiadada, canallesca, con la noble familia de un gaditano ilustre, digno si no de afecto, de compasión por sus contrarios. Contra él, su mujer y sus hijos se han desatado las furias crueles y criminales que imperan todavía en Cádiz. A un jovenzuelo de 15 años lo han fusilado por llevar el apellido que lleva. Y a una hermanita adolescente y a un muchacho, hermano también del fusilado, los han tenido presos los fascistas dominadores de la liberal ciudad. Admitida la existencia de rehenes no protestaríamos contra esas prisiones si se hubieran efectuado en adecuados recintos, con honradez y decoro. No ha sido así: a la niña se la retuvo detenida en el sitio utilizado para cárcel de prostitutas y al niño se le encerró con los locos en una sala del Hospital.

Mataron a uno y atormentaron moralmente a los otros, haciéndoles perder la razón. ¡Valiente hazaña! Impropia no ya de hombres, sino de fieras; propia de seres torvos, dañinos, miserables, crueles por naturaleza, capaces de gozar con el mal que causan. Son tan odiosos como repugnantes. Merecen no ya la condena sino el escupitajo de los hombres de conciencia honrada, de las personas decentes.

ROBERTO CASTROVIDO

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

El territorio francés y el Mediterráneo, bajo la amenaza constante de los piratas del aire y del mar

A propósito de la conferencia mediterránea que se reunió en Nyon para asegurar la navegación de los barcos en el Mediterráneo, la Prensa al servicio del fascismo internacional intentó achacar a la U. R. R. S., las dificultades que se plantean.

Al oír a estos lacayos de la dictadura, se creía que son las unidades de la flota y de la aviación soviéticas quienes, a diario, vuelan sobre nuestro territorio.

La hoja antinacional de Orán acaba de publicar un artículo, que titula: "Rusia, reincidente". Sin embargo, los hechos están claros: los únicos responsables de los ataques en el Mediterráneo son los que en España hacen en este momento la gran maniobra de las dictaduras contra las democracias.

Hay un periódico en Francia que, a pesar de su tendencia derechista y anti-Frente Popular, acaba de dar-

se cuenta de que Mussolini se burla realmente de las demás naciones europeas: el "Ami du Peuple". Este periódico ha hecho la observación —muy justa— de que el mismo día en que Franco y Mussolini cambiaban telegramas de felicitación por la toma de Santander, llevada a cabo por las "Flechas Negras" italianas, el delegado de Roma participaba en Londres, en el Comité de No Intervención.

El citado periódico hacía esta pregunta: ¿De quién se burlan?

Los falangistas que asistieron al congreso de Nuremberg, desfilaron por las calles de Berlín, con el arma al hombro, cantando el himno franquista y el Deutschland über alles. Y su jefe declaró en la recepción que se dio en su honor: "Somos el testimonio vivo del profundo amor que traemos a la Alemania hitleriana".

Piratería y agresión

En los primeros días de la insurrección, la mayoría de los barcos de guerra de la flota española se colocaron al lado de los defensores de la República. En esta mayoría figuraba la totalidad de los submarinos. Por consiguiente, los facciosos no tenían ningún sumergible a su disposición.

Acerca de esto, los gubernamentales tenían absoluta tranquilidad. Nunca serían bombardeados sus barcos por submarinos, pues existe un convenio internacional para la compra y venta de unidades de guerra: cruceros, torpederos, submarinos, etcétera. Pero convenios y tratados no son más que papeles mojados para los Estados fascistas desde la guerra de Etiopía, de Extremo Oriente, y la violación del tratado de Locarno. Esta es la razón por la cual, desde hace algún tiempo, una mul-

titud de submarinos desconocidos hace imposible la navegación en el Mediterráneo.

Pero no contentos con violar impunemente el derecho marítimo, los hidroaviones rebeldes llegan a volar por encima de nuestras costas para observar a los barcos ingleses, franceses y escandinavos, que vienen a aprovisionarse. Y aprovechan la ocasión para sacar fotografías de nuestra defensa territorial, que deben interesar grandemente a cierta potencia de más allá del Rhin.

A menudo son atacados aviones franceses que prestan servicio regular en algunas líneas. Así, el 8 de septiembre, fué derribado un avión de la Compañía "Air-Pyrénées" por un aparato de caza "Fiat" perteneciente a los insurrectos.

A raíz de la reciente escala del "Mariscal Lyautey" en Las Palmas, unos falangistas armados se introdujeron a viva fuerza en este correo francés para buscar a tres músicos españoles que iban a Dakar y llevaban sus pasaportes perfectamente en regla.

Durante un bombardeo de Port-Bou por aviones rebeldes, se dispararon ráfagas de ametralladoras sobre el pueblo francés de Cerbère, resultando herido un niño.

Todos estos actos de piratería y de agresión son cometidos ya por submarinos italianos con base en las Baleares, en Sicilia y en las islas italianas del mar Egeo, o por hidroaviones y aviones procedentes de Melilla, de Ceuta y de Palma de Mallorca.

La zona española de Marruecos y las Baleares han sido transformadas en verdaderas bases submarinas y aéreas, cuyo mando está desempeñado por oficiales italianos, en las Baleares, y alemanes, en Marruecos. Es inútil insistir sobre el peligro que representa para la defensa de nuestro país la intromisión de potencias extranjeras en una parte de Africa del Norte y en las islas que se hallan en nuestras vías de comunicación con la metrópoli.

Tampoco ha sido olvidada nuestra frontera de los Pirineos. Gracias a Franco y a la no interven-

Mientras prospera la táctica dilatoria, los aeroplanos "desconocidos" continuarán matando a personas no combatientes

La falta de energía de la Nota franco-inglesa

PARIS. — A la vista de las últimas noticias de Roma, aumenta la impresión desagradable de que la Nota francoinglesa a Italia no es lo que hubiera debido ser, es decir, enérgica. Su tono cortés y suplicante contrasta grandemente con la energía de M. Delbos en Nyon y Ginebra, y se advierte que la Nota fué tan dulcificada en Londres, que no tendrá ningún efecto sobre Mussolini, como no sea el de animarle en sus tácticas dilatorias.

Mientras prospera la táctica dilatoria, los aeroplanos "desconocidos" continuarán matando a personas no combatientes, como en Barcelona y Valencia, e Italia persistirá en su intervención.

Estímase aquí que la amenaza de abrir la frontera francesa, hubiera sido eficaz y, de todas maneras, hubiese aclarado la situación. Es de lamentar que, por el contrario, Mussolini haya sido invitado una vez más al espectáculo que un comentarista francés llama "la debilidad francoinglesa".

Nuevamente se ofrece en algunos periódicos franceses la vieja idea de "pagar la no intervención con el reconocimiento de Abisinia". Suponiendo que fuera posible este trato, se duda mucho de que Mussolini mantuviera su palabra.

(«The Manchester Guardian», 5-X-937.)

ción, algunos pueblos del Sudoeste de Francia se ven directamente amenazados por la artillería pesada que los técnicos hitlerianos han instalado al otro lado de las montañas.

Espionaje

Sin embargo, la actividad de los rebeldes y de sus aliados no se limita a esto.

En uno de sus últimos números, la hoja antinacional de Orán encuentra normal que un "Cruz de fuego" de Río Salado haya recogido a un legionario desertor y lo haya encaminado hacia Melilla, dándole una cierta suma de dinero. No esperábamos esta confesión pública.

En Biarritz, San Juan de Luz, Orán, Tánger y Bone, continúa la actividad de los espías franquistas. Es cierto que han sido detenidos algunos de ellos, pero los demás continúan actuando. En Bone, han logrado robar un barco gubernamental; en Marsella, prendieron fuego a bordo de un barco español; en Tánger, unos falangistas se introdujeron en la zona internacional para obligar a un marroquí a que les siguiese; en esta misma ciudad, dispararon varios tiros contra un grupo de republicanos, matando a un joven. Una vez llevada a cabo la "hazaña", volvieron a la zona rebelde, en donde fueron recibidos como héroes.

En el mismo instante en que Nicolás Franco va a Berlín a dar gracias a Hitler, M. Gabriel Lambert va a Burgos en busca de agradecimiento. ¿Cómo se atreve a ir este jefe de los "nacionales", que tan a menudo se envuelve en los pliegues de la bandera tricolor, a territorio rebelde, en donde se aborrece a nuestra Marsellesa, y en donde es insultada nuestra bandera nacional?

Pero los piratas y los espías de todas las naciones se entienden tan bien cuando se trata de traicionar a su país, que es superflua toda extrañeza.

LEO PALACIO

(«Orán Republicain», 23-IX-937.)

La intervención de Portugal en nuestra guerra

Mientras la dictadura lusitana apoya cínicamente a los facciosos, el pueblo portugués muestra su solidaridad con los republicanos españoles

Persona muy conocida en los medios políticos portugueses y que ha seguido, desde su iniciación, todo cuanto se refiere a la complicidad de la dictadura de su país con los dictadores de Berlín y Roma para apoderarse de España, nos facilita los datos que a continuación se reproducen, y que, por su objetividad, llevarán al convencimiento de toda conciencia honrada cuán falsas eran las palabras del delegado de Oliveira Salazar en Ginebra, al negar la intervención del mal llamado Gobierno de Portugal en el conflicto español.

Ante todo, hay que distinguir entre la actitud del pueblo portugués y la del Gobierno de Portugal, en los acontecimientos de España. Si la dictadura del Gobierno de Salazar es acusadamente fascista y ha dado toda su cooperación a los facciosos españoles, el pueblo está espiritualmente al lado de sus hermanos de España, que luchan por la libertad y por la independencia de la patria invadida.

Anteriormente al movimiento de Julio de 1936, Lisboa —especialmente Estoril— podía considerarse como el cuartel general de los que pretendían dominar España a sangre y fuego. El general Sanjurjo, a su regreso de Alemania, después de haber concertado con Hitler todos los pormenores de la revuelta, recibía en el chalet que habitaba en Estoril, a sus lugartenientes, a quienes daba instrucciones. Celebraba repetidas conferencias, no solo con Oliveira Salazar y otros miembros del Gobierno de la dictadura, sino también con el General Carmona, pretendido jefe del Estado portugués. Todo fue minuciosamente concertado, de forma que, tan pronto como estalló el movimiento en España, entraron en el puerto de Lisboa los barcos de guerra alemanes cargados de material bélico, con destino a los facciosos. Dicho material, descargado en el muelle de Santa Apolonia, fué facturado, como maquinaria agrícola, por vía férrea, con destino a la estación fronteriza de Vilar Formoso. Se organizaron luego convoyes de camiones de abastecimiento de gasolina y de municiones y de material de guerra. Los primeros, bajo la dirección de Carlos Eduardo Blak; los últimos de la casa Palpha Blanco.

Los primeros carros de asalto que las tropas facciosas incorporaron a sus cuadros, fueron facilitados por el ejército portugués; desde la iniciación del movimiento, han salido bastantes con destino a España del parque de material motorizado, situado en el Campo Grande.

Coincidiendo con la llegada de Gil Robles a Lisboa, fué montado un servicio de abastecimiento de víveres para las fuerzas rebeldes. Por aquel entonces, fué asimismo regularizada la vida financiera de la Junta de Burgos, por mediación del Banco Espírito Santo, de Lisboa, el cual está intervenido por la Compañía de Jesús. Dicho Banco, se ha fusionado recientemente con el Banco Comercial de Lisboa, formando una sola entidad que es el organismo central bancario de los facciosos. Se pretende que Oliveira Salazar mande hacer una emisión clandestina de billetes del Banco de Portugal, cuya totalidad, entregada a Franco, sería destinada al pago de las facturas de sus proveedores portugueses.

Desde entonces, la estación emi-

sora del Radio Club portugués, bajo la dirección del capitán Botelho Moniz, ha pasado a ser portavoz de los rebeldes. Por otra parte, la gran Prensa de Lisboa —especialmente el «Diário de Notícias», «Século», «Diário de Lisboa» y «Correio da Manhã»— ha destacado para la zona rebelde a sus enviados especiales, los cuales difundieron las mayores calumnias sobre la actuación del pueblo español en la lucha contra el fascismo. No hay que decir que todo cuanto los periódicos, no fascistas —tales como «O Primeiro de Janeiro» (Porto), «República» (Lisboa)— pretendían publicar favorable al pueblo español, era inexorablemente tachado por la censura.

Los auxilios a la España nacionalista, continúa hoy con toda regularidad y hasta existen fábricas de material de guerra, que funcionan bajo la dirección de técnicos del ejército español. Con el pretexto de proceder al rearme de su ejército, el Gobierno portugués ha adquirido, en varios países, importantes cantidades de material de guerra y aviones alemanes de bombardeo, todo ello destinado a los facciosos. Estos suministros dieron lugar al reciente incidente entre Portugal y Checoslovaquia, incidente determinado por la resistencia del Gobierno de Praga a autorizar la salida de material que se sabía destinado a los rebeldes de España, no obstante el acuerdo de no intervención, del cual Checoslovaquia era una de las potencias signatarias.

La forma en que el Gobierno portugués ha cumplido el pacto de no intervención, ha sido un prodigio de hipocresía, a lo que, desgraciadamente, han contribuido algunos delegados ingleses de la Comisión de No Intervención encargados de fiscalizar la frontera portuguesa. Dichos delegados, quizá convencidos de antemano de la inutilidad de su esfuerzo, no hicieron nada para impedir el paso de Portugal a España, no sólo de hombres, sino también de material de guerra. Se instalaron en los puntos apartados de la frontera, que consideraron más cómodos para ellos, y, cuando se instalaban en lugares más cercanos a España, tales como Guarda, Elvas, Serpa, Vilarreal de Santo Antonio, etc., dedicaban su tiempo a beber vino de Oporto, jugar al tenis, etc., negándose a recibir informes que trataban de facilitarles las personas conocedoras de los puntos de la frontera, por los cuales se hacía el contrabando de guerra.

Es cierto que Portugal nunca ha enviado unidades militares para combatir al lado de los facciosos; pero ha permitido el reclutamiento de los llamados «voluntarios», fomentó la movilización de españoles residentes en Portugal y envió a las tropas de Franco, algunos centenares de oficiales de todas armas, a título de observadores, pero que, de hecho, fueron a completar los cuadros de las fuerzas rebeldes. El reclutamiento de «voluntarios» ha sido realizado entre los sectores más miserables de la población portuguesa, seduciéndolos con la promesa de diez pesetas diarias. Cuando llegaban a las columnas de operaciones, dichos «voluntarios» sólo recibían tres pesetas con cincuenta céntimos. Muchos de ellos intentaron desertar, y fueron fusilados. Otros fueron trasladados a los puestos más peligrosos para acabar con ellos pronto.

En lo que se refiere a los ciudadanos españoles, residentes en Portugal, afectados por la movilización ordenada por Franco, les ha

sido retirada la cédula personal y demás documentos de identificación, por la policía portuguesa, siendo inmediatamente conducidos a la frontera lusoespañola, por indocumentados.

Entre los oficiales portugueses que se desplazaron para los frentes facciosos, se encontraba el teniente Barroso, del batallón de ametralladoras de Lisboa, que ha muerto a consecuencia de heridas recibidas en combate.

Su cadáver ha sido trasladado a Lisboa, donde se le tributaron todos los honores militares, siendo pronunciados discursos en el cementerio, entre ellos, uno del representante del ministro de la Guerra, Oliveira Salazar, quien exaltó el valor con que dicho oficial «se batió en defensa de la civilización occidental». El Gobierno portugués ha concedido al teniente Barroso la medalla del Mérito Militar, letra C., por servicios prestados en campaña. Hay que destacar la circunstancia de que Portugal no está en guerra con ningún país y que a los militares portugueses les está prohibido exponer la vida, a no ser en servicio de su propio país.

A través de Portugal, pasan diariamente, con destino a España, decenas de oficiales y técnicos alemanes, especialmente aviadores, que se dirigen al llamado consulado es-

pañol, donde les facilitan listas de embarque para que se presenten en las unidades alemanas, que operan en la Península. Algunos de ellos, ni siquiera llegan a desembarcar en Lisboa. Del buque que los conduce, son trasladados a otros de guerra alemanes, surtos en la bahía de Cascaes, aguas territoriales portuguesas, y bajo las miradas complacientes del llamado Presidente de la República portuguesa, que reside en la ciudadela de Cascaes, desde cuyas almenas observa las maniobras de trasbordo.

El pueblo portugués, en su mayor parte, está al lado de sus hermanos españoles

Todo cuanto acabamos de exponer causa profunda indignación en el pueblo portugués. Las clases cultas: republicanos, liberales, antifascistas, se indignan contra la felonía del Gobierno portugués y la obra de traición que está llevando a cabo. La masa popular sufre como propios todos los martirios que está padeciendo el pueblo español, y se indigna por sus propias privaciones, pues el abastecimiento de la zona rebelde ha determinado una espantosa carestía de vida en Portugal. Incluso la clase militar —excepción hecha de algunos oficiales declaradamente fascistas— se encuentra profundamente irritada ante la actitud del Gobierno portugués.

Así, el ambiente en Portugal es favorable al pueblo español. Algunas pruebas de su estado de ánimos, ya se han exteriorizado. El pueblo portugués, se manifestó —y bien ruidosamente, por cierto—, contra la nefasta política de auxilio a los rebeldes españoles. Tres días después de la sedición, el 20 de julio de 1936, un audaz acto de

sabotaje impidió que el general Sanjurjo fuera a asumir el mando de los facciosos, privándole de su jefe más prestigioso. Con él, desaparecieron también muchos millones de pesetas que se transportaban en el avión. Luego, en el mes de agosto de dicho año, en una revuelta surgida en la Isla Madeira, brutalmente reprimida por la fuerza armada, el pueblo manifestó una vez más, su solidaridad con las víctimas de la República española, muertas al fascismo internacional. Seguidamente, el diez de septiembre del mismo año, se sublevaron las fuerzas del crucero «Alfonso de Albuquerque» y del contratorpedero «Sao», que pretendía unirse a sus camaradas de España que luchaban por la libertad. Esa sublevación, que tenía ramificaciones en toda la marina de guerra, fué precipitada por el propio Gobierno, consecuencia de una denuncia recibida. A pesar de todo, no dejó de tener un alto significado.

El 20 de enero de este año, a las once de la noche, hicieron explosión varias bombas, simultáneamente, en distintos puntos de Lisboa, que eran centros de conspiración contra el pueblo republicano español: Ministerio de Instrucción, Consulado de España, estaciones emisoras de radiodifusión y depósitos de municiones y gasolina. Al día siguiente, a las once de la mañana, estalló otra bomba en el Ministerio de la Guerra y fué encontrada otra que no llegó a hacer explosión en el Ministerio del Interior. Pocos días después estalló una bomba en una fábrica de material de guerra en Bemfica; la censura ha evitado que los periódicos dieran noticias de este hecho y especialmente prohibió que dicha noticia fuese transmitida al extranjero.

Cataluña en la guerra de Independencia

La organización del trabajo en el campo catalán es una sólida garantía para la libertad del labriego

¿Donde está el caos de Cataluña, que anuncia la prensa fascista de Doriot, de Goebels y de Gayda? ¿En la ciudad? ¿En el campo? ¿En las fábricas?

Durante los veinte días de nuestra permanencia en Barcelona, sólo hemos podido comprobar un hecho anormal, repetido con triste reiteración: el bombardeo realizado sobre una ciudad abierta y laboriosa, por los aviones del fascismo internacional; la matanza inicu, que ningún país del mundo podrá, no ya justificar, sino ni siquiera explicar jamás.

Barcelona, estremecida y consternada ante la inmensidad del crimen, guardaba el silencio del estoicismo, pero renovaba mentalmente su promesa de sacrificar, si fuera preciso, a todos sus hombres, para acabar con el imperio de la barbarie.

¿Es, entonces, en el campo, donde domina el desorden?

El campo de Cataluña ofrece al mundo el ejemplo de una organización perfecta.

El campesino catalán, que es, en gran parte, dueño de una pequeña propiedad, o la posee en arrendamiento, no concurre ya a un mercado que está abarrotado, no envía sus productos de una vez a la misma plaza, no se entrega en manos del especulador, que embota los mercados para derroter los precios y acapara luego, para elevarlos. El intermediario tiene ya poco que hacer en el campo de Cataluña, precisamente porque el campo de Cataluña es un campo ordenado. El campesino catalán puede aceptar, y acepta gustoso, los sacrificios que le impone la guerra: no acepta, en modo alguno, aquellos otros que tienen su origen en la explotación del hombre por el hombre. El campesino catalán se ha liberado. Tiene de-

recho a asociarse, a vender por sí mismo, a pedir cuentas a sus mandatarios. No es un siervo de la gleba. Es un hombre libre, que ha comenzado a serlo de modo pleno, y no quiere perder el derecho conquistado.

La organización fundamental de la economía agrícola catalana es el sindicato, y su indispensable complemento, la Federación. El sindicato es la célula; la Federación es el organismo.

Una Federación Comarcal es ya un organismo apto para la defensa de los intereses del campo. Tiene vida propia y administración autónoma.

Dentro de un sindicato, como dentro de una Federación, caben los campesinos de todas las ideologías políticas, y de todas las tendencias sindicales, ya sean de Esquerra Catalana o del Partido Socialista, y pertenecen a la C. N. T., a la U. G. T. o a la Unión de Rabasaires. El sindicato es su casa común.

El reglamento para la aplicación del decreto de sindicación obligatoria promulgado por la Generalidad, establece que «ni la Federación General, ni las Federaciones Comarcales, ni ninguno de los sindicatos locales podrán adoptar denominaciones que impliquen adhesión a una idea política, social o religiosa determinada, ni podrán afiliarse a organizaciones, ni intervenir en luchas políticas ni sindicales.»

¿Qué significa esto?: la libertad de trabajo, la convivencia social, el orden y la paz.

El pequeño propietario ha sido respetado por la revolución, que le ha considerado como un trabajador más, puesto que su derecho de dominio no se basa en la explotación del trabajo ajeno. Gana su pan, y ha sido siempre víctima de la espe-

culación, que le ha sometido a una vida precaria y angustiosa.

La anhelada libertad de trabajo ha sido alcanzada.

¿En qué emplea el campesino catalán su libertad? En trabajar, multiplicando su esfuerzo, para ganar la guerra.

Muchas zonas de regadío de Cataluña han forzado su producción y han dado cuatro cosechas en un año.

La laboriosidad del campesino catalán, estimulada por la desaparición de las trabas que le impedían moverse con holgura, el convencimiento de que trabaja para sí y para su país, y el deseo de contribuir directa e indirectamente, a la victoria de la causa popular, han hecho que su esfuerzo tenga un doble objetivo: el inmediato de atender al abastecimiento de los frentes de las ciudades de la zona leal, y el obtener, por medio de la exportación, importantes cantidades de divisas que, en manos del Gobierno de la República, han de convertirse en armamentos, municiones y material sanitario; y el más remoto, pero no menos importante, de preparar el futuro, la época de crisis que sucede a toda guerra, la reconstrucción de las zonas destruidas por los ejércitos invasores y la recuperación económica, costosa y difícil, cuando una nación, de vida ya de por sí poco pródiga, se ha visto obligada a invertir cuantiosas sumas en gastos improductivos, como son siempre los de guerra, incluso en guerras imperialistas, en que vencen los agresores.

¡Producir! ¡Hay que producir mucho y bien! ¡Que no falte nada a los que ofrecen su vida, por esa libertad que ellos disfrutaron!

(Continúa en la página cuarta)

Todavía la No Intervención

Multiplicanse las sesiones de Ginebra. La Asamblea, el Consejo, la Comisión de los 23 y la Sexta Comisión deliberan casi simultáneamente sobre problemas de gran importancia. Tan pronto se trata de los acontecimientos de España, como de los de China, como de otra cosa. Pero persisten las mismas preocupaciones, se tropieza con las mismas necesidades. ¡Ay! ¡Aún prevalece la misma inactividad!

El discurso pronunciado por M. Ivon Delbos ante la Comisión política merece especialmente llamar la atención; un tanto por las esperanzas que despierta, pero más por los enojosos errores en que parece querer persistir el honorable ministro.

Todo el mundo sabe que el sistema tan impropriadamente llamado de no intervención, ha muerto, asesinado por el fascismo, y, sobre todo, por el ridículo. Nadie cree, ya en serio, que pueda resucitar. Entonces, ¿por qué insiste tanto M. Delbos en referirse a él, y embrolla de esa manera las cosas, expresando en el lenguaje fracasado del Comité de Londres la política nueva que parece que quiere anunciar?

Si fuera solamente por su amor propio de estadista, que no se aviene a aceptar el desmentido de los hechos y pretende aún sostener que tenía razón, nada sería más inocente y, en cierto sentido, más legítimo. En ese caso, yo me guardaría muy bien de insistir de una manera pedante en aquellos errores que no tendrían más que un interés histórico. Pero M. Delbos reverdece su teoría e insiste en principios, en los cuales declara que se inspirará mañana como ayer. Hay, por tanto, motivo para inquietarse por un sistema que mantiene y cuya aplicación podría ser tan funesta para la acción que quiere emprender como para la que ha seguido hasta aquí.

«Si hay algo incontestable —dice el honorable jefe de la diplomacia francesa—, es que la política de no intervención, tal como había sido concebida, respondía en sus principios a la interpretación más estricta del Pacto.»

Lo que justifica a sus ojos esta afirmación singular, es que la no intervención «respetaba plenamente las disposiciones del artículo 10, tocante a la independencia política de los miembros», salvaguardando el principio de que a los españoles incumbía decidir la forma y orientación de la política de su Gobierno.»

Esa afirmación ha sido formulada muy a menudo. ¿Tengo que confesar que no la oigo nunca repetir sin sentirme profundamente extrañado?

Así, cuando una lucha sangrienta devasta un país amigo, ¿debería ser la única preocupación de las demás naciones y de la Sociedad de Naciones que las une, la de aislarlo, rodearlo de una muralla impenetrable y esperar a que la suerte de las armas designara al vencedor como el duelo judicial designaba antiguamente al ganador del proceso? Y si lograra la victoria alguna cuadrilla armada que, según la expresión de Jaurés, «acampa en la nación», se instala en ella, la oprime y la explota, ¿habría que considerar a esa cuadrilla como el Gobierno legítimo y aparentar creer que son los españoles y no las ametralladoras las que decidieron la forma y la orientación de ese Gobierno?»

No es así como yo había concebido el derecho de los pueblos en el orden nuevo que se elabora en Ginebra!

Tampoco es así como se comprende generalmente el Derecho internacional.

Cada nación está representada para con las demás por un Gobierno reconocido, porque se le considera, con razón o sin ella, como el que la nación se ha dado. Había y sigue habiendo, en España, un Gobierno que responde a estas condiciones y cuyo título lo han hecho más cierto aún, si es posible, unas elecciones relativamente recientes. Si ciertos Estados han querido reconocer otro poder, sin que siquiera haya adquirido el título frágil que puede dar una ocupación de hecho, ello no es sino una de tantas fantasías sin fundamento jurídico que los Estados fascistas se permiten tan a menudo. En derecho, no altera nada.

Cuando el único Gobierno verdadero tuvo que habérselas con una rebelión militar, las naciones extranjeras no tenían por qué intervenir, ni enviar sus tropas para ejercer una función de policía en lugar de las autoridades

establecidas, para substituir a éstas. La cosa es demasiado evidente para que haya que insistir en ella; y no sólo el Gobierno español no pensó nunca en pedir una intervención parecida, sino que habría rechazado enérgicamente el ofrecimiento que, en ese sentido, se le hubiera podido hacer.

¡Pero se trata de una cosa muy distinta!

Para reducir la rebelión, el Gobierno español necesitaba armas. Habitualmente, adquiriría una parte importante del armamento que le era preciso en los mercados extranjeros, como hacen los Gobiernos de muchos países. Los Estados amigos de España no opusieron nunca la menor objeción para efectuar esos suministros. Antes al contrario, se disputaban el privilegio de hacerlo. Francia, especialmente, había firmado con su vecina un acuerdo muy ventajoso.

Pues bien, estos suministros obligados son los que le han sido negados a la joven República en los momentos en que más necesitaba de ellos, exponiéndola bruscamente a un peligro de muerte, cuando, sin embargo, nada había cambiado en su estatuto internacional. ¿Es éste un acto amistoso? ¿Está en el espíritu del Pacto proceder así? ¿Es someterse a éste tratar en un pie de igualdad perfecta al Gobierno, al cual se está ligado por los deberes de la solidaridad y del Derecho, y a los rebeldes, a quienes no se podría ayudar sin incurrir en el delito de agresión?

Me da un poco de vergüenza insistir, pues en realidad todos lo comprenden bien; la verdadera cuestión no es esa.

¿Podemos en verdad razonar como si el Gobierno español se hallase en presencia de una agresión exclusiva, o principalmente realizada por nacionales? ¿No es evidente que hace cara a una agresión extranjera?

Desde los primeros días, en agosto de 1936, son aviones italianos los que permiten el transporte a España del ejército —moro— de África. Son aviones extranjeros, conducidos por pilotos también extranjeros los que hicieron posible los primeros avances hacia Madrid. Después, son verdaderos ejércitos, equipados, municionados y dirigidos por Gobiernos extranjeros los que acampan en España.

En vano se argüirá que por medio de la política de no intervención se deseaba evitar eso; yo responderé que esa política ha consistido esencialmente en cerrar de una manera voluntaria los ojos para no verlo; y que si se ha evitado sistemáticamente reconocer el ataque, ha sido para eludir la aplicación estatutaria, prescrita por el artículo 10, de impedir la agresión exterior. No ha sido, en suma, sino una falsa huida, sin grandeza, para incumplir compromisos bien precisados.

Bien sé que a este abandono del deber se llegó con la mejor intención del mundo; creíase evitar la guerra. Pero tengo la convicción profunda de que el delegado de China tenía razón cuando dijo el otro día:

«La esperanza de apagar el fuego que produce destrozos en Extremo Oriente y en Europa, reside en la ejecución leal y mutua de las obligaciones que nos incumben en virtud del Pacto y de otros tratados.»

LOUIS DE BROUCKERE

(«Le Soir», Bruselas, 2-X-937.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Italia es ahora lo mismo que antes de Nyon

La incursión aérea de ayer sobre Valencia, es un comentario cínico a las seguridades que, hace una semana, dió Mussolini de que no enviaría más refuerzos a España.

Está fuera de duda que el personal y el material de las fuerzas aéreas italianas de Mallorca han sido aumentados después de dadas esas seguridades, y se cree que los aviones que realizaron la incursión de ayer sobre Valencia, forman parte de esos refuerzos.

La esperanza del Gobierno británico de que Nyon pudiera suponer un cambio en el pensamiento italiano, parece haberse desvanecido («The Manchester Guardian», 5

La opción de Italia

En los momentos actuales es esencial que Mussolini sepa cuál es el pensamiento del pueblo británico.

En primer lugar, tiene que comprender (y no hay indicios de que no lo haya comprendido ya), que ninguna persona sensata en Inglaterra tiene el menor deseo de humillar a Italia.

La Gran Bretaña, Francia e Italia son potencias mediterráneas. Para cada una de ellas, la paz y la seguridad del Mediterráneo, son de interés vital. Esa paz y esa seguridad pueden garantizarse mejor si las tres colaboran en condiciones pacíficas.

En la actualidad hay un motivo, sólo uno, de conflicto e inseguridad: la intervención extranjera en España, y, en particular, la presencia en este país de grandes contingentes de tropas italianas.

Ese hecho crea una situación, que envuelve un peligro para el Mediterráneo y para el mundo.

En interés de todos debe liquidarse esta situación lo antes posible.

La Gran Bretaña y Francia ofrecen la colaboración de las tres potencias en esa obra de liquidación. El ofrecimiento es leal y no tiene segunda intención.

Espérase que la invitación hecha al Gobierno italiano será aceptada con el mismo espíritu con que fué dirigida.

Pero, al mismo tiempo, debe afrontarse la posibilidad de que Italia la rechace, que Mussolini no quiera retirar a sus legionarios.

En este caso, tanto la Gran Bretaña como Francia están dispuestas a sacar la inevitable deducción.

No pueden presenciar inactivas la conquista de España por ejércitos italianos y darán al Gobierno español toda la ayuda que deben y pueden darle para consolidar su autoridad en el interior y rechazar la invasión extranjera.

No hay en esto amenaza, ni intento de imposición. Por encima de todo, no hay bluff.

Que no haya, pues, error. La decisión depende del duce. Si quiere cooperar a que la no intervención sea una realidad, tiene el camino expedito para concertar un acuerdo digno para todos.

Pero si se niega, entonces la no intervención tiene que terminar. No puede continuar de esta forma desequilibrada y, deshonesta.

Y si termina, el deber y el interés propio exigen que la ayuda al Gobierno español sea rápida y suficiente, de ninguna manera a medias.

El duce tiene la palabra.
(«Daily Herald», 2-X-937.)

UNA NOTA DEL MINISTERIO DE DEFENSA

El crucero leal, "Libertad", atacó bravamente al "Balears" frente a las costas argelinas, causándole graves averías

El buque faccioso hubo de ser trasladado a El Ferrol para ser reparado

El 7 de septiembre, según oportunamente hizo público el Ministerio de Defensa Nacional, el crucero republicano «Libertad», que juntamente con varios destructores se encontraba en las proximidades de la costa de Argel, entabló combate con un buque de guerra faccioso, que se supuso era el «Canarias», manteniendo con él, a las diez de la mañana, un duelo artillero que se repitió por la tarde.

En la referencia dada entonces por este Ministerio, se consignó que había sido vista una llamada a popa del buque rebelde.

Informes posteriores, permiten fijar de modo preciso las particularidades y consecuencias de aquel combate naval.

El buque con el cual luchó el «Libertad», no era el «Canarias», sino el «Balears», gemelo suyo.

Una de las primeras salvas, hechas por el «Libertad», con magnífica puntería, alcanzó al «Balears», inutilizándole la parte eléctrica de los servicios artilleros y dejándole durante diez o doce minutos imposibilitado para disparar.

Otro proyectil penetró en el casco del «Balears», muy cerca de la línea de flotación, estando a punto de horadar uno de los tanques de «fuel-oil».

El «Balears» se puso en fuga y al amparo de su mayor velocidad pudo evadirse; pero alcanzado de

nuevo a las 5'25 de la tarde, el «Libertad» consiguió, en un nuevo cañoneo, causarle otras averías.

El pánico a bordo, según referencias de uno de los tripulantes, fué espantoso.

El comandante del buque se vió obligado a adoptar enérgicas medidas contra los requetés y falangistas que constituyen la guardia armada, bajo cuya coacción terrorífica han de actuar los marinos.

A requetés y falangistas se les encerró en los sollados.

En la tripulación del «Balears» hubo quince muertos y más de setenta heridos.

El buque, muy escurado, llegó a Cádiz, donde el suceso, al ser conocido, produjo honda impresión, claramente manifestada durante el entierro de las víctimas.

Las averías sufridas por el «Balears» son de tal importancia, que después de una reparación provisional en Cádiz, ha sido necesario trasladarlo a El Ferrol, en cuyo arsenal ha entrado recientemente para su arreglo definitivo.

El ministro de Defensa Nacional ha felicitado al jefe de la Flota por el éxito de este combate, rogándole que personalmente transmita su felicitación a los tripulantes del «Libertad» y encargándole que formule una propuesta de recompensa.

Cataluña en la guerra de...

(Continuación)

«¡Todo para el frente!» —dice una de sus consignas. La misma que hemos leído en el Socorro Rojo Internacional, la misma de «La dona a la reraguarda», la misma de todas las corporaciones y entidades de Cataluña.

El objetivo remoto se conseguirá también, gracias al tesón catalán.

Los carteles murales que pueden verse en los zaguanes de todos los sindicatos, dicen: «¡Criad aves de corral! Siguiendo el plan sistemático que hemos trazado, dentro de cuatro años Cataluña producirá huevos suficientes para su consumo.»

Y también: «¡Excursionistas, llevad mucho cuidado cuando hagáis fuego en el bosque! Dejadlo bien apagado. El incendio prende rápidamente y, al producirse, perdemos una de nuestras riquezas y uno de nuestros mejores amigos.»

La agricultura ha de ser, forzosamente, el sustituto de la producción industrial de Cataluña, que, por circunstancias de la guerra y de la postguerra, ha de verse reducida a una situación desfavorable, por natural contracción del mercado interior y por la difícil competencia con las potencias industriales, cuya vida económica es más sólida.

Hay que acrecentar enormemente la producción agrícola de Cataluña, y el payés ha iniciado su campaña, con pleno conocimiento de la trascendencia de su obra.

La revolución se ha hecho en el campo catalán, sin tacha de destrucción y de exterminio, como pretende la propaganda fascista. La ley ha intervenido en todo, de modo

directo. El campesino la ha aceptado, respetado y cumplido. Por ello, esa misma ley le concede al campesino su mayoría de edad. Las normas que comprende la orden del 21 de abril de 1931, sobre expedición de fruta fresca, son ejemplo. Reproducimos las más significativas:

«Norma segunda. — Los cultivadores habrán de atenerse, en cuanto a la época, manera de recolección y cantidad de fruta fresca, destinada a la exportación, a las instrucciones que den los sindicatos agrícolas locales, que las recibirán de la Federación general o de la Comarcal respectiva, cuando ésta haya sido delegada por aquélla.

Norma tercera. — Correrá a cargo de los sindicatos agrícolas locales la facturación de las partidas, procedentes de las explotaciones agrícolas de la demarcación respectiva. Las estaciones de ferrocarriles y las agencias de transportes por carretera o por mar no admitirán otras expediciones, que las facturadas por los sindicatos agrícolas.»

Desaparece el intermediario, el especulador, elemento perturbador de la economía, que basaba su negocio en la falta de racionalización de la producción y de la exportación.

El campesino trabaja y vende directamente su producto, formando, por medio de los sindicatos, un engranaje perfecto del cultivo la venta. La competencia entre campesinos o entre sindicatos no existe. No hay el menor rozamiento político-social entre ellos. ¿Dónde está, entonces, el desorden del campo de Cataluña?

Entre la infancia acogida a la tutela de la República, se encuentra el niño Paulino Azaceta Echevarría, testigo y víctima de la destrucción de Guernica por la aviación fascista

Niños madrileños

Dos pequeños recién evacuados de Madrid entran en la oficina del refugio «Ramón y Cajal», uno de los mejores edificios con que en Valencia cuenta la O. C. E. A. R., dependiente del Ministerio de Trabajo y Asistencia Social.

Los que acaban de llegar, son los hermanos Antonio y José Crespo. Su padre se halla, desde hace tiempo, en un frente, enrolado en el Ejército que lucha contra el fascismo invasor. En sus cuerpos mal vestidos, en la palidez de sus rostros, en los que se advierte la anormal situación de la infancia que no puede ser debidamente asistida en aquel ambiente bélico, en sus ojos, en los que todavía se halla reflejado el estupor de los niños ante la agresión inconcebible de los obuses que los fascistas lanzan sobre los pacíficos habitantes, parece percibirse toda la expresión del drama del que el Gobierno de la República se afana por apartar a la población no combatiente.

Pronto, sin embargo, esos niños madrileños —como todos los que, procedentes de zona de guerra, se hallan en el refugio «Ramón y Cajal», se operará la bienhechora transformación que la obra de evacuación realiza.

Víctimas infantiles del éxodo de Málaga

En la actualidad se hallan en este refugio ciento sesenta niños,

pruebas vivientes de la ferocidad fascista que, allá donde pone la planta o hace llegar sus impulsos destructores, extiende la siembra de desolación y deshace las familias en una dispersión que, en muchos casos, ha de ser ya definitiva. Tienen expresión trágica, a este respecto, las doloridas manifestaciones de los refugiados procedentes del horrendo éxodo de los fugitivos de Málaga. Recuerdan, como los episodios de una alucinante pesadilla, su precipitada salida de la ciudad, amenazada por la inminente invasión de las sangrientas mesnadas marroquíes o italianas; la alucinante fuga en masas, en que las personas mayores portaban el leve menaje que habían podido sacar de sus hogares, mientras los niños jadeaban lloriqueantes, abrumados por el cansancio y el miedo. De repente, la aparición de los aviones fascistas que comenzaron a ametrallar a aquella indefensa muchedumbre caminante, que pronto era también batida de flanco por las baterías de los navíos de guerra, cuyos disparos barrían los caminos y los campos próximos al mar. El griterío de horror, los alaridos de los heridos, la convulsión angustiosa de los agonizantes, la horrible visión de la sangre...

Muchos niños malagueños, dicen con acento melancólico, que en aquella barahunda vieron morir a sus familiares; otros, se perdieron

en el torbellino desesperado y nada saben de sus padres.

El Refugio «Ramón y Cajal», para todos ellos un remanso de paz reparadora, en el que la ternura de la República va saturando de bienestar la vida de estos niños todavía entristecidos.

Testigo de la destrucción de Guernica

También se encuentra actualmente en este Refugio, el primero de los niños llegados a Valencia, procedente de la evacuación que se llevó a cabo en Vizcaya cuando esa provincia fué hollada por los ejércitos italianos.

Se llama Paulino Azaceta Echevarría. Tiene catorce años de edad. Natural y vecino de Guernica y testigo y víctima del brutal bombardeo aéreo con que los fascistas abatieron la belleza apacible de esta villa vasca. Su declaración, con la sencilla sinceridad de un relato infantil, sobrecoge a quienes le escuchan.

—No recuerdo la fecha exacta de aquel día—dice—. Sólo puedo decir que era lunes; porque me acuerdo de que la víspera mi familia y yo habíamos asistido a misa, como hacíamos todos los domingos.

Y añade los pormenores de la trágica jornada, que hacen reconstruir sintéticamente la realidad sadista de los procedimientos fascistas. Por la mañana, había permanecido la población en alarma, porque sobre ella volaron repetidas veces las escuadrillas de aviones fascistas. Los negros pájaros de guerra, evolucionaban sin disparar, como si sólo pretendieran atemorizar a las gentes con una demostración jactanciosa. Se fueron los fatídicos aparatos y renació la calma en Guernica.

Pero, serían las cuatro de la tarde cuando otra vez el firmamento se estremeció con el trepidante rugido de los aviones fascistas que en gran número surgieron sobre la villa y comenzaron a lanzar centenares de bombas. El niño Paulino Azaceta evoca súbitamente, entenebrecido su gesto, todo el horror de aquellos momentos de inenarrable intensidad de catástrofe: El fragor de las explosiones; el estruendo risono de los edificios que se derrumbaban entre nubes de polvo; el monstruoso crepitar de los incendios; el clamoreo de los vecinos que corrían, sin rumbo, enloquecidos de espanto, y dejaban por todas partes los regueros sangrientos de los que, de pronto, se desplomaban contra el suelo alcanzados por la muerte...

Cuando aquel huracán de fuego y metralla cesó, y los aviones se alejaron, Guernica era un amontonamiento de ruinas humeantes entre las que se hallaban esparcidos los cadáveres manchados de sangre y sucios de tierra.

Con voz triste, termina el niño su narración:

—A mi padre, lo vi muerto con el pecho y el vientre destrozados. Mi madre había desaparecido entre los escombros. Yo seguía corriendo, sin saber lo que hacía, hasta que caí con un gran dolor en todo el cuerpo. Me recogieron unos vecinos y en brazos de ellos perdí el conocimiento. Cuando desperté, estaba en una cama en un hospital. Ahora, Paulino Azaceta muestra las numerosas cicatrices que en su pecho, brazos y piernas han quedado como huellas de la metralla que le hirió durante el bombardeo y destrucción de Guernica por la aviación fascista.

Cuando le recordamos que la propaganda fascista se atrevió a atribuir la hecatombe de Guernica a los propios hombres vascos, Paulino abre desmesurados sus ojos en una desorbitada expresión de asombro.

Heinrich Mann pide la unión fraternal de todos los enemigos de Hitler para derrotar al fascismo

Queridos amigos:

He de empezar por deciros que nuestro trabajo de los últimos meses no ha sido inútil. En un principio, ya se advirtió el fruto en nuestra Alemania. El pensamiento del Frente Popular ha roto las cadenas de la Gestapo, nuestras voces se oyen en Alemania. De boca en boca corre nuestra silenciosa propaganda, apoyada por el Frente Popular español y francés, nuestra propaganda verbal y escrita por la unidad de nuestro pueblo contra Hitler, el cual lleva a Alemania a una nueva guerra.

Este pensamiento domina en muchos corazones, que desean libertad política, y vive en la cabeza de aquellos que saben lo que significa la guerra y buscan la salvación para nuestro pueblo, para nuestra patria.

El pensamiento del Frente Popular es hoy la esperanza de muchos miles de trabajadores del III Reich.

Este pensamiento comienza a convertirse en hechos. El pueblo no quiere hacer más sacrificios para que Hitler satisfaga su voluntad guerrera. Muchos alemanes se preguntan: ¿Cómo conseguiremos formar en Alemania el Frente Popular? Hoy nos hemos reunido nosotros como representantes de la oposición contra Hitler.

Si dirigimos una mirada hacia el país que tiene esclavizado a Hitler, vemos cómo éste tiene que luchar contra las crecientes dificultades que se le presentan.

Las reservas económicas las emplean en armamentos. Pero su prestigio militar ha disminuido desde que ve la heroica resistencia de las milicias populares españolas. Guadalajara ha destruido la leyenda de que son invencibles las legiones fascistas.

Hitler se quejó hace poco de que el ministro inglés, Mr. Eden, dijera que la política que aquél seguía era una política de enemistad hacia los demás países. ¿Pero, no es una provocación la política intervencionista que desarrolla en España? El pueblo alemán se hace esta pregunta: ¿Qué buscamos nosotros en España?

El pueblo germano, nada; pero los capitalistas, los vampiros del pueblo, sí. Después de esta prueba de la intervención en España, ¿puede dudar alguien de que el fascismo haga igualmente la guerra a otros países demócratas como Checoslovaquia, Francia y Rusia?

Hitler lleva al pueblo a la catástrofe. La lucha contra la intervención del *führer* en España es cosa que interesa no sólo al pueblo español, sino también al alemán. En España lucha el Ejército popular con fusiles y aviones contra el fascismo invasor. Los alemanes enemigos de Hitler, que han visto las heroicas batallas de Madrid y Guadalajara, tienen ante el mundo el compromiso de encender la llama de la rebelión.

En estos meses se pueden advertir los síntomas de una creciente posición del pueblo alemán contra la opresión de que es víctima.

En Berlín, exigieron los metalúrgicos la rebaja de los descuentos que tenían. En las minas del Ruhr, lograron los mineros, unidos, el derecho a elegir representantes obreros para, con los patronos, establecer una escala de salarios, y así obtuvieron al fin un aumento.

Voy a mostraros algunos ejemplos de cómo se desarrolla la lucha en nuestro país por la paz y la libertad. En Oldenburg, el movimiento popular consiguió que se reuniera una gran asamblea en Cloppenburg, para pedir que se quitaran los crucifijos de las escuelas. En muchos pueblos aumentan los casos de rebeldía de los labradores, que no quieren entregar su mercancía, y, en otros lugares, se hace muy difícil cobrar los impuestos. Los trabajadores exigen que les den lo que Hitler les prometió.

Las entusiastas ovaciones que recibió la representación de la obra de Schiller «Don Carlos», en el Teatro de Berlín, es también un síntoma de cómo recuerda el pueblo alemán su pasado, la literatura clásica alemana. El denominador común en todos estos actos de rebeldía es la aspiración del pueblo a recuperar sus derechos, su libertad y la justicia social.

Así se desarrolla la lucha del Frente Popular.

Permitidme que os dé un consejo, que nace de la voluntad de derrotar a Hitler y de emprender un gran movimiento popular en pro de la paz y de la libertad. Sabemos que esto no lo podrá lograr un partido aislado. Hace falta que todos queramos libertad; que todos, católicos y demócratas queramos una República popular. Pero es necesario también que cese toda clase de hostilidades, las cuales sólo favorecen al enemigo y que prescindamos del interés particular en aras del interés general.

En resumen, queridos amigos, el problema principal del Frente Popular alemán es el de luchar contra la política guerrera de Hitler y contra el rearme, para lograr mantener la paz. Esta lucha por la paz, que salva también a la juventud de su exterminio en los campos de batalla, constituye el verdadero interés del pueblo alemán.

Todo esfuerzo de los núcleos internacionales por conservar la paz, toda victoria del Ejército popular español contra las tropas invasoras, toda clase de rebeldías por parte de las masas populares alemanas, van dirigidos a un solo punto: la derrota del enemigo del pueblo: Hitler.

La única aspiración de todos los amigos de la paz y de la libertad en Alemania es la República democrática popular. En esta República democrática decidirá libremente el pueblo alemán su destino.

Ha de extirpar de raíz el fascismo. No repetirá las graves faltas y debilidades de 1918, sino que creará un gran poder popular contra los enemigos de la libertad. Personalmente, he de añadir, que no deseé jamás otra cosa en la República de Weimar.

(«Die Rote Fahne», 1937.)